

IN MEMORIAM

Rogelio Buendía Muñoz (1929-2019)

In Memoriam

El profesor don Rogelio Buendía Muñoz nació el año 1929 en Huelva, hijo de un afamado médico, con ribetes de poeta, quien además cultivaba la extraña ciencia de la Teosofía. El padre le envió a estudiar a Barcelona, en cuya Universidad Central se matriculó para realizar la carrera de Historia, entre cuyos contenidos entraba la Historia del Arte, cuyos rudimentos se explicaban en ella, pues entonces no existía, como actualmente, una carrera específica con la titulación de Historia del Arte. Rogelio desde un principio no se interesó por la historia en general, sino específicamente por la del arte, pues lo que realmente le apasionaba no eran los acontecimientos dinásticos y bélicos, cuyo relato conformaba entonces el núcleo duro de aquella carrera, sino los marginales de su representación mediante la imagen, es decir mediante la pintura, bien fueran de la historia estrictamente dicha, como los de la historia mítica –la Mitología– o de la historia religiosa, la cual se denominaba entonces la “Historia Sagrada”.

Posteriormente se trasladó a Madrid, donde por un tiempo enseñó en la Universidad Complutense y luego, como catedrático, en la Universidad Autónoma. Rogelio había tenido como alumna en Barcelona a Ana Ávila Padrón, canaria nacida en la isla de El Hierro, quien se vino igualmente a Madrid, y con la que acabó contrayendo matrimonio en la capilla de la Sagrada Familia dentro de la parroquia de Santa Bárbara, en ceremonia religiosa que tuve la suerte de celebrar. Rogelio estuvo casado anteriormente con Carmen Mañes, pero, previamente, ese matrimonio había sido canónicamente anulado. Fue entonces, en dicha Universidad, donde yo era catedrático en el Departamento de Historia y Teoría del Arte de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando anudé una sincera y continuada amistad con Rogelio y Ana.

Entre otros rasgos y circunstancias de esa sólida amistad, deseo destacar los muchos viajes que realizamos juntos por España y, sobre todo, por países extranjeros, para ir a visitar museos o exposiciones tanto de carácter general o individualmente consagradas a la exhibición de pinturas de un solo artista. Esos viajes me permitieron constatar la entusiasmada y casi extasiada admiración que la contemplación de las obras artísticas que visitábamos producía en Rogelio. Fueron incontables esos viajes, a París, a Londres, a Bruselas, a Ámsterdam y La Haya, a San Petersburgo ciudad donde juntos estuvimos por dos veces visitando no solo el Museo del Hermitage, sino otros diseminados por los alrededores de la ciudad. Fue allí donde trabamos amistad con Ludmila Kagané, la cual era entonces conservadora de la mucha y buena pintura española que atesora ese imponente Museo, y con su ayudante, el cual, gracias a las gestiones que hicimos, de regreso en España, para conseguirle una beca o pensión, pudo aprender la lengua española y visitar ciudades y museos de nuestra patria.

Recuerdo con especial nostalgia el viaje que hicimos a Nueva York, donde visitamos obviamente el Metropolitan Museum, la Frick Collection, el Guggenheim, el MoMA, la Hispanic Society, e incluso, por la especial insistencia de Rogelio, la Morgan Library, donde nos dejaron entrar y hasta examinar y casi tocar una miniatura de Giulio Clovio. Desde Nueva York nos trasladamos en autobús hasta Washington, deteniéndonos a medio camino en Filadelfia, en cuyo espectacular museo se exponían, en aquel momento, los bocetos en yeso de las principales esculturas de Gian Lorenzo Bernini. En Washington visitamos la magnífica National Gallery, situada en uno de los bordes del Moll que conduce al edificio del Capitolio, así como otros museos privados de pintura. Por cierto que a punto de entrar en Washington, se había pro-

ducido un atentado en el edificio del Capitolio, y estuvimos en peligro de que no nos dejaran entrar en la ciudad que se encontraba bloqueada por la policía.

Los recuerdos se me amontonan cuando trato de evocar aquellos maravillosos viajes en que tanto gozamos juntos Rogelio, Ana y yo. Para terminar, me referiré ya únicamente al antes mencionado, que hicimos a La Haya para ver la exposición de toda la obra, escasa y exquisita, pero reunida creo que por primera vez, de Jan Vermeer de Delft. Había que sacar el billete de entrada con anticipación, porque las colas que se formaban para entrar en ella eran enormes. Finalmente pudimos entrar y gozar infinitamente de aquellas obras, pocas en número, pequeñas de formato, pero deliciosas y exquisitas del pintor de Delft. Cuando salimos del recinto donde se exponían, Rogelio se las apañó para entrar por segunda vez, esperándole Ana y yo fuera, asombrados de su osadía. Con esta ocasión, aunque estábamos hospedados en un hotel de Rotterdam, nos fuimos a ver la ciudad misma de Delft, preciosa y muy bien conservada, y en ella la casa donde vivía y pintaba el artista.

Termino esta evocación que me suscitan los recuerdos de los viajes que realicé en compañía de Rogelio y Ana. Evocación llena de nostalgia y también de pena por la muerte de mi buen amigo Rogelio, dos años solamente mayor que yo. Ni que decir tiene que hubo una época en que mis visitas a la casa de Rogelio, situada al comienzo de la calle de Sagasta, eran muy frecuentes, pues yo vivía entonces en la residencia que tenían los jesuitas en la calle de Almagro, de modo que únicamente nos separaba, de los dos domicilios, la plaza de Alonso Martínez. El piso de Rogelio era bastante amplio, y la sala de estar se encontraba repleta de libros y también de discos de música clásica, de la que Rogelio era muy devoto. En una salita adyacente lucían unos cuantos cuadros, algunos de gran valor. Los ratos pasados allí, gozando de la amistad y de la gozosa acogida que me brindaban Rogelio y Ana, fueron innumerables. Luego, cuando me trasladé a vivir bastante más lejos, en la calle de la Santísima Trinidad, y con el paso inexorable del tiempo que nos hizo a Rogelio y a mí casi dos ancianos, la distancia entre los dos domicilios y los achaques y enfermedades de Rogelio hicieron que los contactos fueran muy esporádicos o casi nulos.

Descanse en paz mi amigo Rogelio, quien murió santamente, confortado por su fe y confianza en Dios, como buen cristiano que era. Su recuerdo para mí será imperecedero.

Alfonso Rodríguez Gutiérrez de Ceballos